
Juvenal Soto
El cielo de septiembre
Poesía
ALMUZARA
Arquero de Troya
Si he mordido el tendón
que a tu pie unía con mi ira,
no fue para herirte
ni para conseguir un grito tuyo;
sí para arrancar cuanto de mí guardabas,
sí para que sepas que continuaré vivo,
junto al resto de las fieras,
y que soy yo quien así busca
que venga tu cuerpo hasta mi casa.

JUVENAL SOTO

El cielo de septiembre

“Las historias -me contestó- no tienen final, amigo. Éstas que me han sucedido terminarán cuando yo termine y quién sabe si tal vez entonces continúen viviendo en otros seres.”

Alvaro Mutis. *Un bel morir.*

El emperador y el ejército están bien (1)

El polvo de los libros, las palabras,
la tarde que se fuga del estante,
la luna que se incendia, lo restante
de ese fuego, la voz con la que labras

las gemas del soneto. No las abras
tal si fueran el brillo de un diamante,
mantén la eternidad de aquel instante
como un dios del Olimpo entre sus cabras.

Si noticias pidieran de la tropa,
no contestes que el tiempo la hizo estopa,
que las horas del oro hacen ocaso;

les dices que los muertos en la copa
de tu vino felices van a popa,
en balsa que a la muerte no hizo caso.

Días de playa

A Enrique Martínez Vidal

Hasta allí empujados
por la furia de los torrentes,
los cuerpos descomunales de las reses
mantenían abiertos los ojos,
como suplicando clemencia
a un cielo que ya no iban a ver.

Nosotros punzábamos el tambor de sus tripas
y nuestras lanzas -cañas del azúcar-
hacían brotar, desde el fondo de los animales muertos,
una gran ráfaga de felicidad,
porque suponíamos que aquellos despojos
supieron en algún momento del aluvión
que en el agua lodosa y terrible de la arroyada
hallarían por única vez la libertad,
un rugido de escombros y ramas sucias,
una avenida inmensa de bichos raros
que jamás hollaban
la yerba alta de los pastos
ni el chozo de los lecheros.

También para nosotros la riada del barro
era una manera de ser libres,
un modo de salir al mar
para arrebatarle lo que no era suyo,
otra forma de restitución salvaje:
a la tierra lo que de la tierra es.

De vuelta, hacinados en el fondo de la barcaza,
alguien proponía un banquete
y otro, con su navaja de cegar gatos,
cortaba el pan del mundo
repartiéndolo entre los buceadores de almas.

Tras doblar la Punta de las Acacias,
nuestra sería la piel de la noche
y nuestro el reflejo de las luces sobre las olas.

Iluminaban los pies de aquella estatua del dios gigante
que presidía los mares con las manos
puestas sobre su corazón.
Quien en ti cree -decía yo para entonces-
que no muera eternamente.

Y en el horizonte, la boyada de los ahogados
ni estaba en paz con las aguas
ni ascendía desde las profundidades.

Donde ni tumbas hay

A los que habitan esos rabiones
mirábamos aturdidos si las nubes
eran un río bermejo fluyendo hacia la noche.
Un río -suponíamos- sobre el que la luna trazaba
extraños signos en los que alguien
deseó ver nuestro destino.
También el destino daba igual entonces.
Inmortales, ni sobre las palabras o nosotros
letra alguna sombrearon las tumbas.

Cazar pájaros para poseer la presa.
Tal era el destino y nuestro único trabajo,
como ya en el mar el nadador decide
que ningún puerto sea el término de su infeliz viaje,
porque sobre las aguas halló una certeza,
el verdadero ritmo de su corazón que clama
y flota y briega y es el pez,
y sabe que en los embarcaderos
la muerte chasca.

Algunos de nosotros, no los más débiles,
hicieron de esa tarde su morada.
Allí perviven y allí, con ellos,
está el junco para amarrar el perro,
la hoja de raer el abdomen de las reinas,
el sendero de las hormigas que siempre vuelven,
aquellas nueces, estas,
bajo cuya corteza ahora
nadie sabe si pudrióse el fruto.

Dickinson College

Para Carol y Arturo Fox

Sobre la hierba de este campus
fui joven y tuve amigos
y aquí cerca una casa
y la pradera de un cuerpo
al que llamé Niágara.
En sus aguas cada noche
mi destino trazó un río
y levantó una montaña;
si ésta fluía a los infiernos,
aquél alzábase más allá del cielo,
y al amanecer el mundo
bajaba lento como una barcaza.

Junto a mi casa Niágara
puso un gran bosque.
Allí por las tardes
colgaba sus libros
que batía luego el viento
tal si fueran árboles.
Cuando el otoño, dijimos,
quizás Verlaine llueva,
pero fue Whitman
quien abrió en verano
la naranja ácida
que mustiará el calor.

Como en el cuento de Kipling,
tuve una isla
en las pupilas de un muerto.
Si le cerraba los ojos,
hundíase de piedra
en el mar de la nada,
pero si abiertos
en ellos crecían
jardines terribles.
Sospechábamos:
¿Del Paraíso son estas selvas?

Desde los Apalaches, a veces,
venían las sirenas del aire **(2)**.
Bebíamos entonces
el vino de los desdichados,
en tanto que ellas
buscaban posarse
y así contemplar
el color de la tierra de jade.
Ahí abajo está el corazón
de los que en Gettysburg
hallaron la libertad
de ser nunca más
en parte alguna,
ni en la memoria siquiera
de las nubes y los perros
que las ladran furiosos.

Sobre esa hierba,
esta mañana de nieve y halcones
alguien recuerda a otro
que allí fue joven
y tuvo amigos.
Para su desdén el uno
concibe un texto
en el que hay cifras
y varios hechos
confusamente descritos.
La memoria de ambos
es la misma
e idéntico el nombre
que uno y otro soportan.
Los dos ignoran
que no son distintos.

Del primero supimos
que estuvo aquí
por lo que el otro ha escrito.
Del segundo nada sabemos.
Sin embargo, quizás un tercero
vuelva a escribir:
“Sobre la hierba de este campus
fui joven y tuve amigos…”
Por estos versos sabremos entonces
que son tres tiempos de una sola condena.

Arquero de Troya

Si he mordido el tendón
que a tu pie unía con mi vida,
no fue para herirte
ni para conseguir un grito tuyo;
sí para arrancar cuanto de mí guardabas,
sí para que sepas que continuaré vivo,
junto al resto de las fieras,
y que soy yo quien así busca
que venga tu cuerpo hasta mi casa.

Marcha nupcial

Al entretiempo de cierta dama

Al
entretiempo de cierta dama

La perla de tus jóvenes caderas,
tus bayas venturosas floreciendo,
corazón y hermosura bendiciendo
al viento del invierno y sus banderas.

Uno es hielo; las otras, guayaberas
de la joya que fuiste malvendiendo.
No al diablo ni a los dioses estás viendo:
son la lumbre de un fuego sin hogueras.

Al añoso regalas por hermanos
tu ingle tierna, los mágicos veranos
de tus dedos, la boca como espita

donde mana largura para enanos.
La ventisca te toma por las manos,
adéntrate en la noche que te invita.

Church of Hollins University (3)

A
Daniel M. Murphy

Sobre estas piedras cubiertas de madera y vidrio
alguien edificó todas las iglesias y dio cabida en ellas
a quienes desean discutir con sus dioses
sobre asuntos trascendentales como un ternero,
o la novia, o ese cuerpo cuyo hueco
sustituirá en la cama, ya para siempre,
el rastro que fueron dejando tantos otros
allí cobijados por amor y por tormentas.

Señor -muchacha católica de Virginia-,
me he cansado de guardar miel,
porque ningún goloso se acerca a ella
cuando sabe que sólo tú eres su dueño.
Señor, ya no quiero pertenecerte por más tiempo,
porque amo a un hombre y él sabe mejor que tú
qué ha de hacerse con mis golosinas.

¡Dios, por qué nací negra y vine a esta Universidad
en la que todas son blancas -criatura de Georgia-,
si sabes mi delirio por el vello que puebla
las nalgas lechosas de las vírgenes de azúcar!

Padre mío -del departamento de Filología Germánica-,
que trazas el cauce de los ríos y anuncias la nieve;
Padre mío, dame la fortaleza de Sigfrido
y una idea tan hermosa como las nubes de Hegel;
Padre mío, soy tu siervo, dame cuanto pido
y después, si es tu costumbre, mátame por asfixia.

Sobre estas piedras cubiertas de madera y vidrio
suena la música que alguien ha compuesto
para todos los hombres con sus dioses.
Es una música arbolada y bajo ella
el verde pasto de la universidad
es ahora un gesto y un deseo.

El gesto y el deseo de este ángel de Tennessee,
rubia como el sueño de un verano junto al lago,
que toca el pianoforte y contempla la danza
de las bailarinas y los dioses tullidos:
¡oh, sí, cerrad las puertas,
que hasta mí no llegue el canto fúnebre
del dios oscuro de los israelitas!

Torso en mármol de un joven romano (II s. d. C.)

A Pablo García Bena

Su carne, lívida tal el mármol
hecho destino de sus días,
está expuesta en el escaparate
de un anticuario, muy cerca
de la Alameda de Hércules;
pero su alma, si la tuvo,
nadie sabe a manos
de qué mercader llegara.
Dos siglos después de Cristo
alguien se ocupó de que un bloque
de piedra purísima
lo hiciese inmortal,
como el vuelo de las aves
o el flujo de las mareas.

Lo invité a cenar conmigo,
para compartir así el cordero
con su historia y con las historias
de quienes fueron camaradas suyos.
Huraño, mostró sentirse incómodo,
mas cuando el vino a su memoria trajo
el fuego de otras noches,
me preguntó por los nombres de los míos,
incluidos los de mi mujer y mis hijos,
y hablaba -parecía más el canto
de un pastor a las ovejas-
del incendio que arrasó el corazón de alguno,
a él muy allegado, cerca -dijo-
de un puerto en la ciudad de Adriano.

Comprendí que no era cierto el lugar y sí la anécdota,
cuando, extendido frente a nosotros el río,
me habló de sus aguas como de las más altivas
que jamás viera un romano.

Supe entonces que el antojo
que le agraciaba el pecho
no era sino rastro de los años bajo el limo;
y temí por mi vida
-hasta esa noche tan ajena-,
que otro río ha de ocultar
como a su corazón el mármol
en la ciudad de los muertos.

Puse, pues, dos monedas
sobre aquella ruina
y me adentré en la noche
otra vez solo, a sabiendas, ya con certeza,
de mí y de tantos más,
ni siquiera torsos de arqueología.

Elbo (4)

Al ocaso de uno que nada fue

No te adornan los cuernos de la luna,
adórnante las fauces, la mentira
de tu carne tan vieja que se estira
como el crótalo repta por la duna.

Idea que te adorne no hay ninguna,
ni belleza ni gracia; hay la tira
del tasajo vacío que aún respira
entre palmas y tientos; hay la hambruna

de engullir de los otros el brillante
verso, fama que harás tuya, lampante,
por señor de las leyes del embudo.

La Parca te demuestre entre rampante
y tediosa lo cierto y fulgurante:
fuiste, eres y serás Elbo, *El boludo*.

Bagdad **(5)**

No era esta ciudad asunto de los hombres,
pero sí su río y cuantos en él moraban
para asombro de las aguas.
Si el cobalto fuese el color de los más puros,
será el Tigris no el caudal de la pureza,
sino la forma que ésta tiene
de ir al mar y confundirse allí
con los naufragios y las algas,
con los grandes machos de ballena
que hacia el sur nadan por si el mundo
de los hombres ahí termina;
ahí, o donde el alba da comienzo
y ya no es parte de la noche.
El emperador entonces sabe
que en su origen hubo un río,
un sueño de aguas dulces
que desde la juventud manaban
la forma de su vida, entre profunda y agria,
y otra forma, este modo
de quedar aquí: memoria apenas,
y fuego y agua.

No era esta ciudad asunto de los hombres,
pero sí su río.
Cuantos en él moraban saben
que ni las ciudades ni los hombres
son asuntos que convengan a los ríos.

Dioses de ahí abajo (6)

El festín de la tarde en la alameda
y el agua de los ríos, ambos fluyen
tal la nube y los pájaros que intuyen
la tarde de otro río, otra alameda.

El verano y la muerte, una vereda
y el sueño, por tu cuerpo se diluyen
las sombras del que fuiste. Quienes huyen
lo sabrán: ni la sombra es cuanto queda.

Ni el río ni el verdín ni los ocasos
ni la nada siguiéndote los pasos,
tan sólo donde estás es lo que tienes.

La lluvia en el cristal de aquellos vasos
no es verdad, y mentira eran los casos
de tus dioses, el cieno del que vienes.

No sé cómo titular esto

¿Qué ha de ser sino tu propia carne
cuanto de ti me ofreces,
o deseas que habite las ruinas de tu alma
y allí me fortificara como un bárbaro
asediado por legiones de Roma?

Cincuenta años, un festín de bombillas rotas
entre la bermeja serpentina
que el tiempo agosta
tal papeles sucios de los veraneantes.

¿Qué ha de ser sino tu propia carne
cuanto de ti regalas a quien tu dueño fuera,
por más que desde siempre
me negaste no el saludo
de los que su vida abren al verano,
sí este adiós de invierno hosco?

Váyase Dios de vacaciones
y llegue a este suburbio
Lucifer con sus noches y sus perlas,
con la burla de sus gatos y aquel fuego
que en tu corazón prendiera
como joya robada
en la taberna de los que se aman.

¿Qué ha de ser sino tu propia carne
quien detenga la música y despida esta verbena
donde ni la nada baila?

Cincuenta años y la luna,
inmensa como el frío de los ahogados.

Insignia **(7)**
-regalo de Elsa, hacia 1977-

Vinieras como un insecto raro
que extendidos sus élitros
ya es de todos y todavía de nadie.

El escarabajo de las vides sabe
que verano y chicharras fueron su tiempo
y que más acá de aquel bochorno y esa música
la vida es fardo y quitina y negro;
conoce un caparazón de púrpura,
la hembra que detenida al acecho
desea bajo él ser fruta y brasa.

Tal emblema de plata hirviendo
soporté yo la calumnia de mi vida
ese verano de mil y algo;
la artería de mi vida con tu cuerpo
sin hallar sombra mas sí bayas tan dulces
que leche y miel eran nadie.
Leche, miel, unas acequias
donde brillan los insectos
y la muerte fulge si mi nombre llamas.

De mi cuello, Elsa, cuelgas nieve.
Está conmigo, arde, la queremos.

El horizonte y Nelson **(8)**

A mi padre, con quien navegué ésta y otras historias

Los mares que me aguardan en la nada
y las olas, la lumbre de los faros,
Trafalgar -la victoria supe daros-,
y el carmín de la tarde en la ensenada.

Los cabos, las galernas y las radas,
el humo del amor de tanto amaros,
la noche, las estrellas y los raros
ensueños en las islas de las hadas.

Tu pecho, mis incendios, las alcobas,
los licores, tus besos, las caobas,
los ríos que cruzamos sin Caronte,

las mareas, algún puerto, las lobas
del mar y sus tridentes. Las escobas
y el viento borrarán el horizonte.

El bosque de Homero (9)

Para Antonio Soler

Una mujer llora
sentada en la terraza de esa cafetería.
Sobre la mesa ha dejado
unos papeles, tal vez la carta
de alguien que cuenta
cómo sucumbieron los de Troya
a manos de otros, ofendidos por uno
que robó el alma de aquella
cuyo cuerpo amaba
sobre el resto de las cosas.

Los pájaros, esta mañana de nieve,
traen noticias de algunos
que piden ropas y afecto
desde ciudades extrañas a nosotros
y a la lengua en que decimos
los nombres de cuanto conocemos.
Quizás por el vuelo
de esas aves y estos versos
sepamos que la costa buscada
por los que iniciaron el viaje
jamás pisó ninguno de ellos.

Están en la incierta parte del mundo,
perdidos no saben cómo,
aunque sí intuyen la causa
que animó su brío hasta unirlo
al de aquel que les dijo:
venid conmigo, porque me han robado
parte de lo que yo era.

Una mujer llora y sorbe café
servido con algo de pan
y una nota en la que han escrito
el precio de su estancia aquí,
esta mañana de papeles
-tal vez una carta-
en los que alguien cuenta
cómo su afecto o quizás su amor

alióse al de otros
para buscar lo perdido por uno
que al fin tuvo la nada.

Tal ellos mismos,
que poseen el llanto de esta mujer
sentada en la terraza de una cafetería
en la que a todos, alguna vez,
nos lloraron por muertos.

Avenida en octubre **(10)**

Para Jorge Shaw Iribarne

Los dioses del sueño
pasean la tarde en esta calle
que baja hasta el mar.
Es una avenida
ni ancha ni hermosa,
pero el viento desde África sube
y pone aquí algo
próximo a la felicidad
templada y doméstica
de los que no preguntan por qué.

Las nubes trazan
el perfil de los viajeros
que descubren las olas y rezan
por sus hijos muertos
o que jamás vinieron,
tal esta calle sin árboles
a cuya sombra el perro
reconozca un dueño
y sepa cómo la música
no sólo es del mundo
que suena y duerme,
ni de aquellos dioses
que pasean la tarde
y hasta el mar bajan
por si algo flota
cercano a esta
felicidad.

La sombra **(11)**

El mundo que derrumbas con tus manos
hallarás en la prosa de Casares:
Buenos Aires, los versos y los mares,
el vino de las juergas, los enanos,

Las Meninas, Velázquez, los marranos
de Toledo y Sevilla. Sus manjares
no serán de tu sombra dioses lares,
ni las noches serán, ni los veranos.

El mundo que derrumbas de un soneto,
el mundo de once sílabas y el quieto
fluir de los planetas, las mareas

de Bioy, Jorge Luis Borges, otro reto:
el mundo de los mundos incompleto,
la sombra que serás sin que la veas.

Filosofía y poesía (12)

-M. Zambrano-

El mito y la razón de los fracasos
y las nadas, Europa, la taberna
de las sombras, el dios de la caverna
y los nombres negándote unos vasos

del vino de los sabios, o los pasos
de Pitágoras -números-, la eterna
odisea de Ulises y la tierna
cobija de las islas sin ocasos,

el mar de las pasiones que te asombran,
las playas del olvido donde escombran
los sueños y los hombres y las nubes,

los dioses y los ríos que los nombran,
la lógica, los valles que la alfombran,
el fuego al que desciendes y al que subes.

Sagrada familia **(13)**

"Porque la causa y el pretexto son lo primero de todo,
y el inicio, en cambio, la última parte de las mencionadas"

Polibio. *Historias*. Libro III

I
(La sonrisa de Caín)

En el nombre del hijo
pregunto a mi padre por mi hermano.
Mi padre es viejo,
sabe que esa pregunta
es la respuesta de los muertos,
pero yo recuerdo un monte de manzanos
y el viento que batía sus ramas
de diablo hipnotizado.

En el nombre del hijo
subo por las tardes a la casa de mi padre
y repaso mis deberes de Caín
en su bosque de heredades,
y pregunto por mi hermano
y mi padre dice que las lluvias de este año
nos traerán la ventura del oro,
el caudal de los pantanos
donde pasaremos agosto entre calimas
y quizá cartas de póker.
Nuestra historia es para él
un balneario de tormentas
con mi madre joven
y de gris en su memoria.

En el nombre del hijo
pongo astillas a la tierra:
así clavo el desperdicio
que pueda quedarle de mi hermano.

II

(Los inmortales)

Las cartas que me escribes
son las bromas de la muerte.
Las contesto en pocas líneas
dirigidas a los peces
que desechan las mujeres del mercado.
Algunos mantienen burbujas
en sus branquias,
otros murieron en la tierra
a golpes de martillo.
Hay en todos ellos una palabra mal escrita,
la guardan para clavar su mejor espina en tu garganta.

Yo tuve madre,
en su casa comíamos pescado
no del que suelta fango
y las sortijas de los náufragos,
sino del que vuela de los mares a los besos.
Mamá decía:
¡Morirás por las espinas!
Yo miraba las colas de unos gatos,
y supe que ellos eran los peces
de mis perros inmortales.

El mundo, desde entonces,
ha sido una juerga entre salvajes.

III

(El jardín de las malicias)

Cuando termine la lluvia,
llegarán a casa tus hermanos.
Ellos conocen la virtud
de las mujeres migratorias
y en la cena contarán proezas
de papeles y caimanes.

Parten el pan mirándome a los ojos,
y yo sé que en esta mesa
reparto mi vida con extraños.
Vienen -dicen- de más allá de las hogueras,
eran jóvenes y por la prisa
olvidaron mi nombre entre unas páginas.

No conozco a éstos
que me llaman padre,
ignoro incluso el hombro de sus madres,
pero ellos recuerdan habitaciones felices
en las que alguien
habla de Dios con los diablos.

Esta carne del olvido
son fantasmas llegados a robarme,
piden música y refrescos,
yo admiro su estampa mía de camuflaje.
Sabrás -anuncia uno de ellos-
que somos hijos de la lluvia...
No sé -respondo-, hace sol,
iba a desnudarme…
Tienen mis ojos brillándome en sus caras,
y caídos del infierno
estos hijos míos son ahora tus hermanos.

No permitas que la lluvia esponje
este ardid para matarme.

A Gabo, por sus putas tristes

"… y en el sueño revolví la quejumbre del chelo
con la de un buque triste que se fue."

Gabriel García Márquez. *Memoria de mis putas tristes*

Sólo música suena en los alados
querubines, y el sueño del más triste
descorre sus estelas y las viste
azules como un buque por los prados.

Que así suenen también estos amados
violines de los cuerpos que quisiste,
como cielos de amor que no perdiste
volverán a tu casa enamorados.

Del amor, sin embargo, no recuerdas
sus flautas y tambores, ni las cuerdas
del chelo, ni el incendio, ni sus lumbres.

Acuérdate del mundo y de las lerdas
canciones del marino. ¿Las recuerdas?
La música y los sueños son quejumbres.

The last end

He imaginado otras veces un final
para mi cuerpo, y, por complacerlos,
también para lo que mis amigos llaman
con nombre de mujer
y que, según ellos, forma parte de mí
tanto como los ojos y las manos.
Nadie la vio jamás, pero me insisten
en un hecho que no entiendo:
ella es cuanto quedará de lo que soy.

Auguran que concluido lo que ahora tengo,
esa cosa o hembra o ente o música
subirá hacia las estrellas
para quedarse allí ante lo que fue el mundo.
No sé. Yo veo las estrellas y ninguna
me dice algo y tampoco puedo distinguirlas
por sus nombres, por más que Neruda y otros
miéntenlas como amadas que animaron
sus noches de tristeza, por ejemplo.
¿Será que mi destino desciende
largo como Chile hasta los hielos?

He imaginado otras veces el final
(con apenas tiempo para no balbucir
una frase, pido un sorbo de Jack Daniel's,
alguien intenta que por fin me atraigan
las efigies que adoraron mis padres,
otro me dice que ese hombre aguarda
para que yo confiese historias
en las que nunca fui invasor ni manso
-¿qué historias contará el condenado
a ser la nada tal única historia?-,
y luego, encendida por el calor de África,
arde cuanto de memoria tuve,
para que como lava que deriva
hacia el abismo del océano
en piedra quede lo que de otros he sabido:
mi vida con las vuestras
ya es nota vacía

al pie de una página en blanco),
y he sabido que el final
no es un principio de algo,
sí un paso más en lo que tampoco ha sido.
Vivir, después de todo, formaba parte de la muerte. **(14)**

Buenos Aires serás

A Vicente Guerrero,
que me narraba su ciudad, in memoriam,
y a Salvador Moreno Peralta,
que me la escribe ahora.

La ciudad era un sueño y la aventura,
la lluvia y por las calles, como ríos,
un dios que anda tus días y los míos
con agua del amor hace la usura

de la plata y otra lluvia, la locura
del tango y de la Boca, los impíos
cuchillos de la tarde y sus bajíos,
la noche, la milonga y la cintura.

Y también Buenos Aires era el oro
de Cortázar, y un cuerpo y era un coro
de versos y corceles, los destellos

de podés y querés y a vos adoro
y volá de mi vereda a mi tesoro.
Buenos Aires serás porque eres ellos.

El caballero de la vereda de La Ópera (15)

Este hombre que pasea frente al mundo
de Petrarca, Verlaine y Luis Cernuda
es Lezama, será Auster, fue Neruda
si en ópera y la tarde me confundo

y me encanto también en Segismundo
y en su sombra, ficción que al sueño anuda
una sierpe que repta por la duda
de otro hombre que pasea en otro mundo.

A uno y otro los fundía una vereda
hermosa como un dios y una alameda
risueña como un diablo en el verano.

No sabemos ni quién a quién hereda,
ni quién es la mentira en qué vereda.
Sabemos que los dos fueron mi hermano.

A una dama muy joven, de Leonardo, y a su armiño (16)

Libre del invierno viejo
y presa de un armiño y los veranos,
la eternidad está extendida
y es un dios que muere entre la vides
y en tu cuello trenza
un collar de perlas negras.

Un collar sobre el lomo de la bestia
traza el más hermoso de tus dedos
y si tú algo o a alguien miras,
el animal algo o a alguien busca
y de los ojos van sus fauces
como garra que defiende
del mundo y a tu vida.

No haya más allá que contemplarte,
ni más sueño que el armiño
si velándola
esta belleza templada guarda
del ruido y del infierno.

Al hosco mar de las fatalidades
te convocan sus estelas ruines,
y álzase tal bicho y Venus
el prodigio de tu carne
casi marina y nieve.

Un abismo es el después que te ha salvado
y el ahora son los valles
donde pastas cierva y joven,
del mal tiempo que nos come absuelta.

No tenga plazo esta belleza,
no desfallezca por los años.
Agrios, limones de abril
en un verso de Petrarca,
el animal que la custodia

tiénelos por cárcel de isla eterna,
y allí entornándolos devora
cuanto de mal contienen,
y así te ayuna de tornar al lodo.

Libre del invierno viejo,
el verano que te roba adornas
con música y albercas
donde canta un pez
y nada el pájaro,
como canta y nada
la codicia de tu cuerpo sin ocaso.

Un sueño en Reading (17)

A Chelsie y Maximiliano Zúñiga

Un hombre en un jardín tiene este sueño:
su vida es como un lago. Pasan aves
camino del invierno, van las naves
y los perros del aire tras su dueño,

y la nieve y los árboles y el leño
quemado de las horas, y las suaves
gacelas de la tarde. Pasan aves
camino de otro lago y de otro sueño.

Un hombre en un jardín bajo una nube:
su vida es como un pájaro. Si sube
desciende por las simas de los cielos,

y en la orilla del lago, si no sube,
su vida es como el viento sin la nube.
Su vida, como un barco por los hielos.

NOTAS

- **(1)** Esta fórmula -M. Yourcenar la cita en *Memorias de Adriano*- encabezaba los comunicados oficiales del emperador al Senado de Roma.

- **(2)** Me sorprendió que una sirena fuese el símbolo y coronase el tejado del edificio principal de este college norteamericano en Carlisle, casi en el centro de Pennsylvania.

- **(3)** Conocí la iglesia de la Universidad de Hollins (Virginia, EE.UU.) durante mi estancia allí en el mes de noviembre de 2002. El edificio, diáfano y confortable, fue concebido para el culto de todas las religiones. No obstante, descubrí ejemplares de La Biblia, discretamente colocados para uso de los cristianos, en el respaldo de cada uno de sus bancos. Hollins es, por cierto, una universidad exclusivamente para señoritas.

- **(4)** En el español de Argentina, *Elbo* es la abreviatura de *el boludo* atribuida como nombre propio a una persona especialmente cretina y molesta. Todos hemos padecido en algún momento de nuestras vidas los desmanes de algún *boludo* dispuesto a fastidiarnos la existencia. Este poema hace referencia a uno de estos individuos, cuyo ego devastador padecí durante años. Me libré de su pertinaz estupidez súbitamente, casi como por una revelación que me fue concedida en el transcurso de cierta cena, durante un viaje por EE.UU.

- **(5)** En 1988 visité Bagdad. La belleza -de la que quedaba un mítico recuerdo, no más- acumulada en la ciudad creí descubrirla en un río, el Tigris. Descendiendo hasta el mar por su cauce, pude ver ballenas, ya en el Golfo Arábigo, nadando hacia el sur, tal vez huyendo intuyo ahora de qué.

“Emperador” llaman los balleneros a los viejos machos solitarios de aquella especie, que, según sé, es uno de los animales que pudieran acompañar a los hombres en el paraíso que el Islam ofrece a sus creyentes.

- **(6)** En *El libro de las ilusiones*, Paul Auster cita *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand. No recuerdo exactamente a propósito de qué pasaje del libro del francés, Auster escribe: “Aprendió a distanciarse de sí mismo, a considerarse en primer lugar como un hombre entre los hombres, luego como un conjunto aleatorio de partículas de materia, y finalmente como una simple mota de polvo; y cuanto más se alejaba de su punto de partida, más cerca estaba de la grandeza.” Tanto el párrafo anterior, como el abismo terrible en cuyo borde sitúa Auster a los personajes de su novela, me invitaron a concebir este soneto.

- **(7)** Elsa aparece también en otro poema, escrito en 1977 o 1978. Era –y supongo que seguirá siendo- una mujer muy atractiva y singular. Poco antes de despedirnos, tras pasar un verano tormentosamente juntos, quiso regalarme el Auguru –símbolo nacional de Euskadi- que colgaba de su hermoso cuello. Acepté el regalo, y desde entonces lo he llevado en el mío, ni tan hermoso ni tan convencido de lo que esta insignia significa.

- **(8)** Sabemos que antes de morir Nelson conoció su victoria en Trafalgar. Cuando expiraba, rodeado de algunos de sus oficiales en el puente de su navío, el almirante de la flota británica le rogó a un joven teniente que lo besara. Quizás en aquellos labios buscó Nelson a los de Lady Hamilton. O quizás no.

- **(9)** Antes que este poema, fue la prosa de un relato que titulé “Lector de Homero”. Quiere ser el aludido relato una carta de alguien para alguien, pero no está claro quién pueda ser quién. Nadie,

que yo sepa, ha resuelto -ni en el relato ni en ningún otro ámbito- qué sea la literatura, quiénes sus protagonistas, cuáles las coordenadas espaciales y temporales en las que parece desarrollarse. Sobre tales asuntos hacemos tan sólo conjeturas desde la incertidumbre. Reproduzco "Lector de Homero". Es otra conjetura. La mía.

Lector de Homero

"Todos los días son iguales"
Sobre la naturaleza. Heráclito

Antonio, amigo mío:

He imaginado que el correo deja un libro en casa de un lector de Homero -desconozco la fecha. Sospecho que el tiempo es una dimensión plana en la que no existen fechas, en la que todos los acontecimientos ocurren a la vez-. El lector de Homero está convencido de que los escritores, la totalidad de los escritores, son uno, y de que ese único escritor es Homero. Ha leído la *Ilíada* y la *Odisea* -la *Ilíada*, según él, es un texto preparatorio; la *Odisea*, sostiene el lector de Homero, no es un texto, es El Texto- y ha llegado a la conclusión de que la literatura es la historia de un regreso. Algunos conquistan una ciudad para, tras conquistarla, buscar un sitio adonde volver. Otros solamente vuelven, saben que el viaje es un retorno. Unos y otros ignoran que únicamente existe el camino de vuelta, que el camino de vuelta es el lugar del que partieron y al que están condenados a retornar una y otra vez, que el destino no es un lugar sino una forma de buscarlo, que su viaje hacia el destino es verdaderamente el único destino.

El lector de Homero abre el libro que el correo dejó en su casa. Descubre, a primera vista, que se trata de prosa. Lee en la sobrecubierta de la contraportada la palabra *novelas*, escrita así, en plural. Descubre más: el libro le ha sido dedicado a él, lector de Homero, por el propio Homero, que en este libro usa otro nombre. Antonio es ese nombre. Con tinta azul, escrita con rotulador, la dedicatoria se extiende ante sus ojos distribuida en nueve renglones: "Para/ [...] las/ melancolías y las/ armas para matarlas,/ las primaveras y esta/ lluvia de palabras./ Con la amistad/ de/ Antonio". Los puntos suspensivos de la dedicatoria que reproduzco no son tales en el original; en vez de puntos, ahí está escrito un nombre, el del lector de Homero, pero puesto que este hombre sabe que todos los escritores son uno, el mismo, ¿por qué todos los lectores no han de ser también uno, el mismo, el lector de Homero, que, a su vez, también se llama Homero? El lector del poeta ciego no duda la respuesta a esta interrogación: Homero es un hombre que escribe para Homero. El lector de Homero es Homero.

Salvo Butler, que perpetró cierta malicia según la cual el ciego de Grecia era una mujer que vio los rostros de quienes le contaron la historia de Troya que escribiría ella, todos o casi todos, en algún momento de nuestras vidas, hemos creído adivinar la imposibilidad de un Homero único, la verosimilitud de un Homero múltiple. Que yo sepa, hasta ahora nadie había imaginado la posibilidad de un único lector diverso, la contingencia de un sólo lector que, sin saberlo él ni el resto de los lectores que constituyen su diversidad, es muchos hombres dedicados a la misma tarea: leer al único escritor que, a su vez, es muchos escritores. Lo terrible está por venir, viene ahora: ese lector único y múltiple es también el único y múltiple escritor. Me inquieta y al mismo tiempo me sosiega la idea de alguien, que es muchos, escribiendo para alguien que es una multitud. Me aterroriza, sin embargo, la conjetura de que éste y aquél sean el mismo, ese alguien que escribe una y otra vez la misma historia para leerla sólo él una vez y otra.

Este ardid, amigo mío, será posible porque doy por hecho, o creo muy probable, que el tiempo sea una dimensión carente de profundidad, en la que los acontecimientos se producen

simultáneamente -la teoría de conjuntos de Cantor me permite aventurar que así ha de ser-, o una insidia que permite el holocausto de toda creación, incluso de la creación literaria, de la que, como sabes, deviene el resto de lo creado, incluso la creación del mundo. ¿Te lo imaginas? Un sólo escritor escribe una sola historia para un sólo lector, y ambos, lector y escritor, son la misma persona. ¿Reducida a qué queda la creación? ¿Sientes ahora tanto pánico como yo? Continúa imaginando y, como yo, alcanzarás seguramente la cota del pavor: Dios, El Verbo, crea el mundo para los hombres -Butler tal vez asegure que para las mujeres-, pero Dios y los hombres son un único ser y al mismo tiempo. ¿Dónde hallaremos el principio, cuando sólo era El Verbo, y dónde el final, cuando aparecen los hombres, si Hombre y Verbo son simultáneos y son lo mismo? ¿Tienes tú respuesta para mi pregunta -te planteo varias preguntas, pero estoy convencido de que te has dado cuenta de que la pregunta es, otra vez, única y múltiple-? ¿La tienes? Yo tengo una respuesta, y temo que sea la única respuesta. La nada es mi respuesta.

El lector de Homero corrobora que el libro que le ha dejado el correo narra la historia de Ulises: un hombre participa en la conquista de Troya -nace- y decide volver a su casa en compañía de otros hombres -vive-. Los avatares del camino le inducen a creer que la vida es un retorno y que a su llegada -sabe que llegará, todos llegamos- le aguarda una mujer, dedicada durante la espera a jugar, enredándola y desenredándola, con una madeja de lana -la muerte-. Ya en casa, Ulises abraza a la mujer y llora. Homero, en el libro que lee el lector de Homero, escribe así el llanto de Ulises: “Ahora soy yo quien sirve de cuerpo al tiempo./ Mías son las arterias por donde corren los recuerdos/ Todos esos canales que ahora vienen a desembocar en mí,/ en este estanque, este lago ya sin forma de la memoria./ Aquellos seres junto a los que viví,/ a los que miré y hablé./ Viven en mí, soy yo, todos ellos soy yo./ Tengo su aliento, como ellos,/ en cualquier lugar del mundo en el que estén,/ tienen el mío./ El aliento de quienes fuimos./ Soy yo el que los mira y les habla,/ el que oye hablar a esas imágenes sin cuerpo,/ esa nada que tantos no ven y en la que no creen./ Son ellos, me recorren, se manifiestan y huyen dejando una estela vaporosa./ Aquí están.”

El lector de Homero no comparte la escisión que en la literatura provocan los llamados géneros literarios. Junto a la lámpara que ilumina sus noches de insomne, ha creído sorprender muchas veces al verso encubierto en la línea -sometida, en cualquier caso, al límite impuesto por el papel- que se alarga según el canon al que la sujeta la prosa. Ha imaginado una línea infinita, o casi, dibujada por todas las palabras escritas, un horizonte de palabras que, como el horizonte del mundo, se comba y envuelve al propio mundo hasta hacer de éste algo cuya forma adivinamos porque la insinúan las palabras. Una de esas noches, apagó la lámpara y dejó que tan sólo la luz de las palabras iluminara al mundo: ahí, resplandecientes como nunca antes, estaban los árboles; ahí, alumbrado por millones de palabras, el mar era una lámina de basalto bajo la que notó el bullir de las mareas, que no eran ya el latido del mar sino el torrente de las palabras; y ahí el salto de un pez alado que disputaba con las aves marinas la propiedad del cielo. Ahí estaba el mundo apagado, por más que la noche fuese en aquella ocasión el fulgor deslumbrante de las palabras.

Otra noche, cerró los libros, todos los libros de su casa, y encendió las luces, todas las luces del mundo. Nada le resultó conocido, ni siquiera el escritorio en el que unos folios en blanco aguardaban la tinta que les diese vida, nombres, palabras. Aquel mundo iluminado sucumbía ante las tinieblas de un espacio absolutamente vacío, ágrafo, incapaz de nombrar o ser nombrado y, por lo tanto, existente en la nada. Ahí está el mundo -se dijo aquella noche-, pero no sé de qué mundo se trata. Tampoco sé si es ése el mundo, puesto que nada ni a nadie puedo nombrar. Frente a mí hay algo que no conozco y que me es imposible conocer, luego la nada no es el vacío absoluto sino la imposibilidad del conocimiento. Y la nada, repleta de luces, de objetos, de personas, dibujó otra línea del horizonte, un horizonte que, esta vez, trazaba el filo y el comienzo de la nada. El horizonte de la nada también era la nada. Apagó las luces del mundo y abrió un libro, el libro que el correo le

había dejado en su casa, leyó: "... por mi lado pasan los rostros,/ las sombras de aquellos que ya sólo son sombras, nombres./ Los noto entrar en mí, salir,/ atravesarme como si yo fuese un campo abierto,/ una casa sin paredes./ Una oquedad por la que ellos,/ con sus labios que ya no son labios,/ con sus caras que ya casi sólo son imaginación y humo,/vienen y se van, despacio, sin ruido..." El lector de Homero leyó las palabras escritas por Homero -hablo de este Homero, el de ahora en ese libro-, y el mundo, conforme transcurría la lectura, era, de nuevo, un viaje a Ítaca, un retorno. El lector de Homero supo entonces que el verdadero viaje de Ulises nunca tuvo llegada ni partida: el viajero que llamamos Ulises era, en realidad, un viaje, el único viaje. Ulises partió desde Troya para llegar a Ítaca, según el relato que la mayoría de los hombres atribuyen a Homero, pero Homero nos contó otra historia: Ulises partió de Ulises para llegar a Ulises -en el camino descubriría que el comienzo y el fin son la misma cosa-, porque la llegada es siempre el punto de partida.

Otro ciego, también poeta, J. L. Borges -descendiente de Isidoro Suárez, que acometiera la carga de caballería en la llanura de Junín-, quiere leer en la historia de Simbad, marino en las noches del califa de Bagdad, la versión árabe de la *Odisea*. La aventura de Simbad, sin embargo, es sólo eso: aventura. Ulises -sostiene este otro ciego que reconoce a la *Odisea* como su propósito y lo llama para sí *Historia universal de la infamia*- también navega, pero, créeme, Antonio, que sus aguas son un mar hecho de tiempo y su aventura es esta otra: comprobar que la madeja de lana con la que Penélope teje y desteje, para tejer y destejer su espera, sigue intacta, tal y como el propio Ulises la vio aún sin haber conquistado Troya. Así detuvo el tiempo Homero en su relato, y, puesto que nada transcurre porque todo es a un solo tiempo, igualmente podremos concluir que vida y muerte son un mismo acto, sin que entre ésa y ésta sucedan otras cosas que el todo y la nada. Ni el antes ni el después: el ahora, un instante infinito que contiene todos los instantes y ninguno. Tú mismo lo has escrito: "Transparentes, nos dijeron,/ como se le puede decir al barro,/ que debíamos ser transparentes./ Esta materia, esta viscosidad opaca, densa,/ que somos y no acabamos de conocer,/ esta materia que sólo se sostiene,/ que sólo vive de penumbras,/ persiguiendo siempre la luz, desde lejos,/ sin saber cómo, persiguiendo la luz/ como se persigue a un asesino,/ con perros, corriendo por el pantano." Transparentes, o sea: nada antes ni después de nosotros, los que no estamos, porque, transparentes, nadie nos puede ver.

Leyendo el libro que el correo ha puesto en sus manos, el lector de Homero -o sea, tú, Antonio, y yo y el propio Homero- repasa mentalmente el relato que otros y él mismo llaman Historia. Infiere, de las pequeñas historias que determinan la vastedad grandilocuente y confusa de la Historia, que Homero no es tanto un nombre propio como sí un concepto abusivo. Homérica le resulta la Historia, homérico su protagonista -tan debatido por las doctrinas diferentes dedicadas a descubrirlo- y al descomunal abismo de lo homérico habrá de ser atribuida la autoría de esta carta que yo, amigo mío, te escribo porque tú me envías un libro tuyo: Homero escribe para Homero a propósito de un libro de Homero. Un exceso que me agobia y excita tanto o más que el medio elegido para perpetrarlo. El medio, Antonio, las palabras que tú y yo utilizamos -tú en tu libro, yo en mi carta- no porque estén ahí para que ambos podamos disponer de ellas a nuestro antojo, sino porque están aquí, en lo escrito, en todo lo escrito, y ese aquí es un monstruo que nace, muere y renace sin que nadie pueda controlar sus ciclos vitales. Las palabras, madres de la literatura, son hijas de Homero y son, además, el medio -el tuyo, el mío, el de tantos otros- para reescribir lo que fue escrito. Temo que la literatura sea homérica, temo, vuelvo a decírtelo, que reescribimos las mismas palabras sobre los renglones de un libro ya escrito: "No temas al dolor,/ todo es hijo del equilibrio/ y ni siquiera la hoja más débil/ de un árbol cae de su rama/ sin que su caída retumbe/ hasta el otro extremo del universo." ¿Somos nosotros las débiles hojas que caen haciendo retumbar al universo, o es el universo el que retumba haciéndonos caer a nosotros? Contéstame, amigo mío. Ésa es la angustia que me mata.

El lector de Homero ha leído el libro que tú le enviaste. Construye sus versos sobre lo que fue tu prosa y sabe que serán leídos por ti y por otros, pues en realidad esta carta es quizás una extensa y seguramente farragosa meditación sobre un tipo de escritura que consideramos literaria como sinónimo de sublime; una meditación, decía, destinada a ser compartida, aunque posiblemente no aceptada, por la mayoría de quienes la lean. Unos pensaran que es un ocaso -el de la propia literatura-; otros, que es una arrogancia -todos, según muchos, somos hijos de Dios, pero semejante parentesco, al parecer, no es un acto de soberbia divina-; los más pueden tenerla por una enajenación pretenciosa. Con estos últimos estaré de acuerdo, porque precisamente eso he querido: enajenarle a Homero lo que es suyo para hacerlo mío y tuyo y de tantos más; enajenarte a ti lo que era tuyo para hacerlo de Homero y mío y de tantos otros, incluido tú mismo, Antonio; enajenar lo mío -esta carta- para hacerlo tuyo y de Homero y de todos, puesto que tú y yo y los demás somos Homero y él también lo es porque todos formamos parte de ese ser y de sus palabras, que son tan tuyas y suyas como mías y nuestras.

El lector de Homero leerá otros libros que, como éste, serán el mismo, y otra lluvia -quizás también sea ésa que hoy y ayer y mañana empapa la tierra- probablemente le salpicará el rostro cuando, al amanecer, abra las ventanas de su casa para que la luz de las tinieblas penetre iluminando lo que ya tiene nombre. El día transcurrirá en el tráfago de los que compran y venden y vuelven a comprar para vender, y a la noche, con todas las lámparas encendidas, recibirá más noticias de Ítaca: nuevas cartas que el correo habrá dejado en su buzón, los periódicos, libros en los que Homero habla de viajes a la luna, o de aquel sueño que Marco Polo -es decir, el Ulises que Homero quiso ser para una Ítaca que se pretendió Venecia- acometiera al escribir no el *Libro de las maravillas* sino la maravilla de un libro ya escrito y ya leído, como esta carta que Homero -es decir, yo- escribe para Homero -es decir, tú- porque ambos -es decir, él- ahora sabemos, ya para siempre, que todas las palabras son una, la misma, ésta: Ítaca.

El destino, Antonio, no es un lugar, es una forma de buscarlo. Y puesto que Heráclito proclamaba el tedio infinito de las horas y los días sucesivos e iguales, qué o quién podrá impedirme suprimir el plural -ni horas ni días: la hora, el día-, erradicar la continuidad hasta detenerlo todo en el instante: todos los instantes son iguales. ¿Todos, iguales? ¿Por qué no un solo instante, el único, en el que todo acontece a la vez? No estoy negando el movimiento, sino la sucesión del movimiento. No estoy negando tu libro ni esta carta, Antonio, pero sí afirmo que ambos fueron escritos al mismo tiempo y por la misma persona: su destinatario, el destinatario: "Todo son espejos,/ [...] no lo queremos aceptar,/ corremos, vamos de un lado a otro, soñamos,/ pero estamos ahí dentro, soñando/ que estamos fuera,/ que tenemos voluntad/ y somos nosotros/ los que nos asomamos a los espejos/ y hacemos que esas figuras/ sin vida se muevan/ en un sentido o en otro,/ y no al revés,/ que somos una ilusión,/ el reflejo de lo que no conocemos."

Un compatriota del ciego argentino emparentado con aquel Suárez -caballero en Junín-, ha querido interpretar a Heráclito, paralizando él también la sucesión del movimiento, en esta breve prosa: "Cohabito con un oscuro animal. Lo que hago de día, de noche me lo come. Lo que hago de noche, de día me lo come. Lo único que no me come es la memoria. Se encarniza en palpar hasta el más chico de mis errores y mis miedos. No lo dejo dormir. Soy su oscuro animal."

La unidad -abrumadora y atosigante, tan diversa y tan repleta de quietud en movimiento-, esta unidad en la que todos somos uno y uno es todo lo que hacemos, debiera llevarme a consumar cuanto hasta aquí he imaginado: el lector de Homero no volverá a escribir, es posible que ni siquiera despache una carta con la que decidió compensar al amigo que le enviara un libro. Admite que todo

ha sido ya escrito y que todo está por escribir, desea que algo, por fin, comience y algo concluya por fin, pese a que no ignora la imposibilidad de este deseo suyo.

Nuestro lector -evidentemente es nuestro- abre el libro que el correo dejó en su casa, descubre que se trata de prosa, lee la palabra *novelas*, reconoce su nombre escrito en la dedicatoria: "Para/ [...] las melancolías y las/ armas para matarlas,/ las primaveras y esta/ lluvia de palabras./ Con la amistad/ de/ Homero". Sonríe. Sabe que todos los días son iguales y que ese aparente hallazgo no es más que una obviedad casi grosera: veinticuatro horas de sesenta minutos de sesenta segundos, y así un día tras otro. Hoy igual que ayer, ayer igual que mañana. ¿Cuándo escribió Homero -se pregunta- esa dedicatoria para él? ¿Ayer, mañana, hoy? ¿Cuándo habrá leído él, leerá, está leyendo, esa dedicatoria? Nuestro lector está convencido de que los escritores, la totalidad de los escritores, son uno, y de que ese uno es Antonio y es Homero y es tantos más. Pero yo, amigo mío, no sé si llegaré a escribir esta carta, porque tampoco sé si tú y yo y otros muchos formamos parte de algo o de alguien que escribe, en este mismo momento, la *Odisea*. Alguien o algo temible; tanto, que su destino depende del nuestro, así como nosotros dependemos de su destino. Ítaca, Antonio, somos nosotros mismos, un retorno, el viaje de vuelta al lugar del que jamás partimos.

He imaginado, o sospecho que imagino, lo que sigue: un lector espera un libro para escribir una carta, pero alguien o algo espera la carta para escribir ese libro. Dime si es eso la literatura. Dime más: ¿es un envío, o es un regreso? Yo te digo que no es cábala ni nostalgia, sino tiempo y paradoja, espiritismo y melancolía, la nada como única respuesta.

Te abrazo, amigo mío

P. D.

Los versos escritos en esta carta como tales, no lo son, aunque nada ni nadie prohíbe que lo sean; forman parte de la prosa de una novela, *El espiritista melancólico*, de Antonio Soler. ¿Que nos impide fabular, sin embargo, que Soler concibiera sus palabras para la poesía y que luego alguien, no sé quién, considerase que la prosa era su destino impreso? De hecho, todos o casi todos hemos visto y leído ediciones de la *Ilíada* y la *Odisea* en prosa, cuando la tradición nos asegura que Homero era un poeta y que ambos textos son dos extensos poemas. Tal vez sean un solo poema, aún más extenso, que nos ha llegado en su actual dualidad porque otro alguien, cuya identidad también ignoro, así lo quiso, al margen, seguramente, de los deseos del propio Homero.

Transcribo, asimismo, en esta carta una prosa entrecomillada en la que su autor habla de un "oscuro animal". Juan Gelman es el autor de esas palabras, que no son prosa sino versos; los versos de un poema titulado "El animal".

- **(10)** Vivo en una avenida llamada de Cánovas del Castillo. Dominado por la estatua del prócer -un bronce de Martínez Labrador-, el paseo muere donde rompen las olas. Sugiere así aquella idea de un mundo que súbitamente se precipita al abismo.

Empobrecida por palmeras, esta avenida no tiene verdaderos árboles, ni apenas gracia o cosa alguna destacable, salvo la mencionada efigie y ese modo de enfrentarse a su destino en las aguas del mar.

- (11) Tanto en la obra de Bioy Casares como en la de Jorge L. Borges, es notable la presencia de lo judío y de lo judaizante como elementos que las enriquecen y les conceden un cierto carácter enigmático, quizás porque la ciudad –Buenos Aires- en la que ambos escritores vivieron era y es un referente para las prácticas y las creencias religiosas de quienes siendo hijos de Jerusalén habitan, por un motivo u otro, tan alejados de una ciudad que para tantos es, antes que cualquier otra cosa, un sueño difícilmente alcanzable.

En España, los "cristianos viejos" utilizaron durante mucho tiempo la palabra marrano como sinónimo de maldito y descomulgado, o como despectivo contra los conversos que, por circunstancias conocidas, judaizaban ocultamente. Toledo y Sevilla fueron dos nombres queridos y temibles para aquellos marranos.

Me pregunto, sintiéndome capaz de concebir al marrano como la analogía que pudiera ser, cuántos hombres, sean cuales sean sus creencias, sostienen aún que lo marrano es una ofensa absolutamente ajena a su forma de ser y de estar en el mundo. La respuesta a esa pregunta me convierte más en un náufrago que en un ignorante. La respuesta a esa pregunta es la sombra de una respuesta.

- (12) En el libro que presta su título a este soneto, María Zambrano parece buscar un inquietante equilibrio aristotélico entre dos mundos, o dos formas del mundo, aparentemente irreconciliables por preconcebidas según los mitos, el uno, y según la razón lógica, el otro; según Homero y según Pitágoras, en definitiva.

Puesto que las únicas verdades que ciertamente conocemos son los teoremas – anteriores a nosotros y al propio mundo; verdaderos hoy, como ayer y mañana-, podríamos conjeturar que el esfuerzo de Zambrano es más inútil que alentador de conciliación alguna. ¿Por qué la razón lógica –que condujo a Platón hasta esa irrisoria *República*- ha de prevalecer al mito? ¿No tiene el mito aún más argumentos que credibilidad la lógica?

El mundo propuesto por Homero y Esíodo se cierra en sí mismo por medio de las sagas o las leyendas, en tanto que el mundo pitagórico intenta cerrarse mediante la ratificación de verdades comprobables gracias a un empirismo aparentemente irrefutable.

- (13) Los tres fragmentos agrupados bajo este título, fueron concebidos y escritos en distintas fechas, anteriores a las del resto de los poemas del libro. Consideré la oportunidad de reunirlos aquí, reescritos para la ocasión, manteniendo sustancialmente sus pretensiones.

Que yo sepa, todas las sociedades hasta ahora conocidas consideran a los vínculos de consanguinidad como el más fuerte lazo de unión cómplice entre los seres humanos, asumiendo en pro del fortalecimiento de dichos lazos ciertos riesgos impensables en cualquier otro tipo de relación humana.

Tengo por seguro que cuando la consanguinidad no va unida a determinadas características de comportamiento, más que un alivio es un lastre; más que un punto de unión, un estímulo para el olvido.

El hecho de que existan puntos de contacto entre la historia biológica de varios seres no debiera fomentar, según creo, algo que vaya más allá de tal hecho, especialmente si al albur impuesto de la consaguinidad no se le une la circunstancia elegible de la amistad.

Ha sido así en mi caso. No tengo amigos entre mis consanguíneos, ni pretendo fomentar amistad alguna forzadamente impuesta por lo que considero un mero accidente. No me incomoda este desapego. Me libera.

- **(14)** No estoy seguro de que la muerte sea el final de la vida, pero sí de que la vida, por paradójico que pudiera parecer, es una parte de algo inmenso que llamamos muerte.

- **(15)** Tomo el título de este soneto de un relato de Macedonio Fernández. Dicen que fue el maestro de Borges ¿O lo dice el propio Borges?

- **(16)** “La dama del armiño” es un conocido cuadro de Leonardo Da Vinci. He creído ver en esa pintura la broma macabra de un cínico a propósito de ciertas *Madonnas* pintadas por algunos de sus contemporáneos. Tal vez la belleza mortal de la joven dama pintada por Leonardo sostenga entre sus brazos a un pequeño e inquietante diablo inmortal –el armiño-.

- **(17)** Reading es una ciudad del estado de Pennsylvania. Muy cerca de allí está la Universidad de Kutztown y, junto a ella, un hermoso lago que conocí en su deshielo.